

recibir los sacramentos de la confesion y comunión, con tanto dolor y vergüenza, que caian desmayados á los piés del confesor.

Al Norte y al Poniente de la provincia de los Tepehuánes, estaban las naciones de los Taramares, Sabaibos, Acajes, Jijimez y algunos otros pueblos entre las quebradas de la sierra de Topia, que constantemente mantenian entre sí una encarnizada guerra; pero conforme fueron recibiendo las luces del Evangelio y los continuos ejemplos de caridad y mansedumbre que diariamente veian en los misioneros, se desnudaron de su natural fiereza y como precisa consecuencia de la ley de amor que se les enseñaba, fueron reconciliándose y se acostumbraron á vivir como hermanos de una gran familia.

Estos mismos frutos de bendición se repetian en todas partes, y la sinceridad con que los naturales doblaban su altivo cuello al yugo de Jesucristo, daba lugar á la manifestacion de algunos extraordinarios sucesos con que el Señor manifestaba algunas veces su justicia para domar los espíritus rebeldes y otras su misericordia en premio de la docilidad de los naturales. La relacion de estos acontecimientos trasporta nuestra imaginacion á los tiempos en que el Señor reprendia la dureza de su pueblo escogido, en la antigua ley, lanzando rayos de la cima de alguna montaña ó mandando á su ángel exterminador para castigar á los proterbos; y tambien se nos representa el hombre Dios recorriendo las ciudades de la Palestina, probando su divinidad en los prodigios de la Omnipotencia, obrados en favor de las personas mas humildes que corrian en pos de El confesando á gritos su fé é implorando la virtud de su poder. En una vez que un religioso entraba á Pascuarro, al toque de las campanas con que los naturales solemnizaban la llegada del ministro de Dios; una india postrada en cama por la fuerza de una enfermedad hizo que le

llevaran á presencia de aquel sacerdote para confesar sus culpas y buscar la salud corporal en la de su alma: por estar privada del uso de sus miembros se confesó con mucha incomodidad; pero cuando ya recibió la absolución, sintió la fuerza bastante para levantarse por sí y llegar hasta el altar donde entonó su accion de gracias por los favores que Dios le habia dispensado valiéndose de su ministro. Otro indio del todo ciego pidió al mismo sacerdote que le dijese un Evangelio y con admiracion de todo el pueblo volvió á su casa habiendo recobrado la vista. En una mision donde á pesar de la predicacion de los religiosos permanecian algunos en la idolatría y entregados á las mas abominables costumbres, acometió repentinamente una enfermedad á un indio el cual quedó yerto y sin ninguna señal de vida; y aun el padre que acudió á confesarlo se conformó con decirle un responso: pero volviendo en sí despues de dos horas, pidió al padre para confesarse y contó la vision que habia tenido durante aquel rato de letargo. Decía haber visto un camino muy ancho por donde iban muchos con grande ruido y fiestas, el cual despues de un despeñadero profundo iba á concluir en una oya de fuego donde se oian grandes alaridos y voces espantosas; y mientras lleno de confusion observaba aquella pavorosa caverna, un personage de apasible semblante lo condujo por una senda muy angosta que iba á concluir en un hermoso valle cubierto de floridos jardines; y que atraído por la fragancia de aquel ameno sitio quiso entrar á él por una puerta que despedia mucha luz, pero la misma persona que lo acompañaba le dijo no poder entrar antes de haberse reconciliado con Dios por medio de la confesion. En otro pueblo donde la voz del sacerdote habia sido inútil para vencer la obstinacion de los idólatras, en un dia que con mas vehemencia les predicaba los mas sublimes misterios de la religion cristiana, á instigaciones de

un hombre envejecido en días malos, el pueblo sujetó al orador á la prueba del fuego, pidiendo que su predicacion la hiciera desde una hoguera sin quemarse: el ministro del Altísimo arrebatado de su fé y por una inspiracion sobre natural les dijo: «Estoy tan cierto de las verdades que digo, que no dudo exponermé á una prueba tan dura: encended la hoguera, que Dios volverá por su palabra y vosotros quedareis confundidos.» Y así fué como dijo, porque encendido el fuego y puesto sobre él el predicador cristiano, con asombro de todo el auditorio repitió todo lo que habia dicho sin sacar lesion ni aun en su vestido. La dureza de aquel pueblo no pudo resistirse á tan asombrosa prueba, y admirados de aquel hombre que no se cansaba de tocar y creian bajado del cielo, se presentaron á seguir dócilmente la conducta que les habia indicado. *See sauyain*
Innumerables casos de este género encontramos en las antiguas crónicas de las misiones que se hacian en aquel tiempo; pero bastan los referidos para formar una idea de las costumbres de aquella época y no agobiar demasiado á la incrédula frivolidad que caracteriza nuestro siglo. El padre Alegre de quien tomamos los referidos, previene de esta manera la objecion que á ellos se pudiera hacer. «Bien sabemos que este género de acontecimientos son de ordinario sospechosos y muy mal recibidos en aquellas gentes que se precian de un gusto delicado y de no abandonarse jamás ciegamente á la buena fé por la demasiada credulidad de ciertos autores que por lo comun los refieren con poca discrecion. Yo no veo que estos adoradores de la antigüedad acusen de flaqueza ó mala fé á Tito Libio, á Plutarco, á Valerio Máximo y á tantos otros autores paganos que nos refieren mayores y mas increíbles prodigios, y á quienes á pesar de la grande libertad de juicio que se profesa en estos tiempos, no se haya de dar crédito por el respeto que se imagina deber á tan famosos hombres

No se reprende, que Prosida apagara sin lesion en su mano las brazas; que en Italia lloviera unas veces cenizas y otras sangre; que hablaran los bueyes y las estátuas de los falsos dioses; que en Roma se oyera una voz previniendo la llegada de los antiguos francos. ¿Y los lectores cristianos habrán de reprender en los autores de la historia religiosa sucesos autorizados por tantos otros semejantes que se hallan en las santas escrituras y en los padres mas respetables de la Iglesia, y que parecen pertenecer de un modo muy particular al órden de la Providencia, singularmente para la extension y propagacion del Evangelio entre naciones bárbaras?

Ahora en este tiempo, está en moda arrojar á la cara del sacerdocio, la negra mancha de partidarios de la opresion, oseurantismo y la esclavitud: acusándose al clero regular, de ocioso é interesado en los viles intereses de la tierra. Si los muchos escritos en que pululan estas acusaciones calumniosas pasan á la posteridad, nuestros hijos nos acusarán de ingratitud, viendo que nos desentendemos de los instrumentos que forman la historia del gobierno vireinal, y en los cuales constan los grandes y penosos sacrificios que hicieron en favor de los pequeños y los débiles para rescatarlos de la esclavitud corporal á que injustamente los sujetaban unos estraños advenedizos y avaros, y de la esclavitud moral en que su espíritu se hallaba desgraciadamente encadenado por el paganismo. Ningun vínculo los ligaba con los innumerables pueblos esparcidos en la vasta extension del continente americano, sino el de la fraternidad universal, cuando los presuntuosos filósofos se burlaban de la desgracia de estos pueblos, y los poderosos los hacian servir á sus mezquinos intereses, un humilde religioso interponia el tosco sayal con que cubria su cuerpo, para proteger la desgracia en nombre de los derechos de la humanidad. Su ambicion era

grande, verdaderamente grande, superaba á las grandezas de todos los tesoros y los reinos de la tierra: buscaban la felicidad de sus semejantes dándoles á conocer al verdadero Dios, al Hombre Dios que dió al mundo su libertad á costa de su sangre, y cuyo testamento quedó consignado en este mandato, á sus discípulos. «Id y enseñad á todas las gentes»

CAPITULO IX.

Gobierno del Conde de Monterey

Uno de los primeros cuidados del conde de Monterey, fué segun las instrucciones que tenia de Felipe II mandar la expedicion á la conquista de Nuevo México, que ya casi dejaba arreglada su antecesor D. Luis Velasco.

El territorio que se trataba de conquistar, era el encantado y fabuloso reino de Quivira, de cuyas noticias recibidas en México, ya antes hemos dado alguna idea; y por las grandes riquezas que se le suponian, se le dió á esta tierra el nombre de Nuevo México, porque en ella creyeron encontrar otro país como la gran Tenoxtitlan de los aztecas, donde á los grandes tesoros, se uniera la belleza y amenidad del sitio, con todas las demás ventajas que para su comodidad deseaban los castellanos en este nuevo Eden descubierto por el génio de Colon y puesto á sus pies por la pérfida política de Cortés. El territorio del Nuevo México empieza desde el grado 23 de latitud boreal hasta el 45, teniendo al Oriente, las provincias de la Luisiana y Texas, al Mediodia las de Chihuahua, al Occidente Sonora y California, y al Norte las naciones bárbaras, cuyos habitantes como tribus nómades vagan por

ESTUD. TOM. I. 11

los desiertos y hostilizan á los pueblos vecinos. (1) Este país participa de una parte de la Sierra Madre, que desde entonces se le ha tenido como un innagotable manantial de oro y plata; y fuera de esta riqueza mineral, tiene la de los otros reinos de la naturaleza. Sus bosques seculares estaban llenos de abundantes y esquisitas maderas: en los encumbrados pinos se cosechaban los piñones tan afamados hasta hoy: en las quebradas de la montaña se daban en abundancia la uva, las rosas y el lino: entre aquellos breñales se criaban grandes venados, liebres, conejos, cabras monteses y las vacas de Cibolo: en los esteros de los rios, abundaban las anguilas, truchas y otras varias clases de pescados: tambien se veian las fieras, como los leones, osos, lobos y coyotes, las zorras y raposas: en las mas altas cimas, anidaban las grandes águilas y los vistosos alcones; y entre los balsámicos montecillos de los valles, se escuchaban los variados trinos del *cenzonilli* y los melodiosos cantos del ruiseñor. (2)

Este país rico y risueño, estaba habitado por un pueblo de una gallarda estatura, de inteligencia despejada, de un trato alegre y sencillo, amigables entre sí, pero que mantenian una continua guerra con la nacion de los belicosos apaches, que se creian con derecho superior á la posesion de la tierra. Utilizando todos los productos de la naturaleza, aquellos naturales solo aumentaban con su industria los frutos con que subsistian, en sus sementeras de maíz, frijol, chile y calabazas, que condimentaban y comian como los naturales de los demas pueblos, haciendo con el maíz la bebida acostumbrada del *atoli* y con su masa, las tortillas y *tamalis* que era el pan comun. Tambien cosechaban el algodón, con el cual hilaban y tegian las man-

1 El R. P. Frejes. Conquista de N. México pág. 200.

2 Porquemada libro 5.º cap. 4.º

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO